



Cazadores Tirolese.

LA CAZA DE LAS GAMUZAS.

Las praderas bajas que se hallan situadas en los Alpes, inferiores á la zona de los bosques, son la verdadera patria de estos poéticos animales. Pero los industriosos habitantes de las montañas, pudiendo disponer de poco espacio en los valles, han ido poco á poco apoderándose de los pastos de que antes disfrutaban las gamuzas, para que se aprovechen de ellos los rebaños de ganado durante el verano. A medida que el número de pastores ha ido en aumento, han tenido que ir ascendiendo por la falda de los Al-

pes, y en la actualidad se encuentran cabañas construidas en el límite mismo de las nieves perpétuas. Algunos de aquellos permanecen allí en el rigor del estío durante varias semanas con sus carneros y sus cabras y descienden á las primeras nieves á las cabañas inferiores. Otros no suben tanto, pero tienen que atravesar estensos terrenos helados para conducir su ganado y vallados en que las plantas propias de aquel terreno rociadas por nieves fecundas vejetan vigorosamente. Al aspecto de la primera grieta ó hen-

didura que corta el suelo, el rebaño se detiene indeciso el pastor le anima, una de las cabezas salva el abismo y tras de él todas las demas. Frecuentemente el pastor permanece solo con su ganado, separado del mundo entero, durante muchos meses, otras veces no vive allí, sino que va de vez en cuando á visitarle y á llevarle sal, de cuya sustancia es estremadamente ávido. Abandonado de este modo á sí propio el carnero, no es el animal estúpido y sin voluntad propia que nosotros conocemos, sino ágil, vigoroso, atrevido, que salta los mas terribles precipicios y se lanza de roca en roca como una cabra; suele suceder que atraviesa solo los puntos helados y vuelve á la vida salvaje; sin las visitas del pastor y la sal que en cada una de ellas les distribuye, el rebaño no tardaría en dispersarse.

El hombre, como hemos visto, ha usurpado á las gamuzas parte de sus dominios para dar cabida en él á los animales que ha reducido á la esclavitud. Obligadas por lo tanto á vivir en medio de rocas inaccesibles donde apenas crecen algunas plantas alpinas. Las gamuzas viven aisladas ó reunidas en pequeños rebaños de 5 ó 6. Por la noche bajan temerosas para alimentarse con la yerba mas tierna de las praderas y beber en los lagos agua mas templada que la que destila del deshielo: con la vista y el oído en acecho, colocan en los puntos culminantes centinelas que examinan incesantemente el terreno y aspiran ansiosas el aire para percibir el menor olor sospechoso. Al mas ligero rumor lanzan un grito agudo y desaparecen con todo el rebaño salvando á saltos espacios de seis y siete varas.

En los Alpes, en la Suiza, en el Tirol y en los Pirineos, los cazadores despliegan toda su destreza y perseverancia contra las gamuzas. Salen de su cabaña con una carabina, un anteojó y algunas provisiones de boca y van á pasar la noche en una caverna ó entre algunas peñas; antes de amanecer se colocan en espera en un punto que domina al sitio donde las gamuzas descienden durante la noche, estudian ante todo con cuidado la direccion de la brisa de la mañana para colocarse de modo que no puedan ser descubiertos por ella al olfato exquisito de las gamuzas: se sitúan en una quebradura desde donde vean sin ser vistos y cuando el alba vá aclarando los objetos, aguardan su presa hasta que distinguen dos astas hacia las cuales dirigen sus disparos. El rebaño asustado al sentirlos da saltos sin direccion fija y pasea por todas partes una mirada de espanto, pero generalmente no huye. Acostumbrado al estrépito de los hielos, al ruido de las abalanchas que se desprenden, la explosion de una arma de fuego les causa menos espanto que la vista del cazador y tranquilizado de su sobresalto vuelve á pacer, pero si alguna de las gamuzas ha caido, el rebaño escapa y desaparece al instante con una velocidad verdaderamente prodigiosa. El cazador triunfante, desciende para buscar su presa; la acaba, la abre el vientre, la quita las entrañas y lleva el animal á su domicilio. Si la res muerta es una madre, los hijos permanecen al lado de ella y se dejan cojer antes que separarse del cadáver. Alguna vez se ha visto á estos pequeños huérfanos seguir un rebaño de cabras creyendo ser en el que iba su madre y entrar con él en el establo. El pastor admirado adopta este nuevo huesped que no tarda en condenar á la cautividad ó á la muerte, por-

que sabe bien que el instinto de la libertad dominará en el animal sobre el instinto social y que tan pronto como sea adulto huirá hacia las montañas. Si el cazador no consigue mas que herir á la gamuza puede considerarla perdida, porque es imposible seguirla en su fuga, y va á morir en el fondo de un precipicio ó en la cresta de una montaña de hielo.

La caza de las gamuzas aficiona extraordinariamente á los que se entregan á ella; el frio, el hambre, la privacion de sueño, las continuas horas de acecho, las rocas mas escarpadas, los precipicios mas profundos nada basta á quitarles la afición. Muchos de los cazadores despues de haberse dado una pierna en sus expediciones aventuradas, vuelven cojeando á la caza de la gamuza profetizándose asimismo que les costará la vida como á sus padres y á sus abuelos. Así sucede en efecto. Figúrese el lector uno de estos infelices herido de una caída, incapaz de moverse, acostado sobre la nieve ó en el fondo de un precipicio, en estas soledades completamente aisladas en que sus amigos no acertarán á encontrarle aunque hagan los mas activos registros. Durante el dia conserva algun rayo de esperanza, luce el sol y le calienta un poco con sus rayos, pero llega luego la noche helada y húmeda, sopla el viento, cae la nieve, el frio se apodera de él y le acomete el sueño; feliz si este sueño es la vanguardia de la muerte. Si sobrevive es para padecer, sus provisiones se han agotado, el frio y el hambre comienzan á atormentarle, entonces invoca á la muerte como un bien, pero esta no llega sino despues de varios dias de sufrimientos. Las primeras nieves que blanquean las montañas cubren su cadáver con blanca mortaja, bajo la cual se conserva sin alteracion, todas las primaveras cuando desaparecen las nieves el cuerpo queda descubierto durante algunos meses y largo tiempo despues algun cazador extraviado le descubre y sabe en fin como ha perecido el compañero que años atrás dejó su cabaña para no volver mas á ella.

Otro peligro amenaza á la vida del cazador de gamuzas, tales la tempestad en las alturas de los Alpes. A veces parte con todas las apariencias de buen tiempo, llevado de su ardor en la persecucion de una gamuza, la sigue de roca en roca y de cima en cima; el cielo se oscurece poco á poco, el viento refresca y sopla á intervalos, algunos copos menudos de nieve pasan delante de él, las nubes bajan rápidamente y no tardan en envolverle en una noche profunda, el terreno, el cielo y los puntos que le servian de brújula desaparecen, apenas reconoce las rocas mas cercanas que la oscuridad desfigura y engrandece. La violencia del viento aumenta á cada instante, el infeliz se agarra á una peña de miedo de ser barrido como una hoja ligera, pero el ruido de la tempestad, los torbellinos de nieve que le envuelven y le calan de agua helada, los truenos, los relámpagos y el frio, la idea de su aislamiento y de su debilidad, turban sus sentidos, ofuscan su razon, y embargan sus facultades morales. Poco á poco se debilita en esta lucha contra los elementos conjurados, renuncia á un combate inútil, desprecia su vida y se acuesta sin movimiento al pié de una roca; no tarda en apoderarse de él un sueño invencible que llega á ser el sueño de la muerte. Pero si tiene fé en su salvacion, si su energia moral aumenta con

los peligros, si se sostiene de pié y trata de encontrar el camino en medio de la celisca y de la nieve ó si se mueve para no ceder al sueño, puede todavía tener esperanza de volver á ver á los que le espe-

ran, porque rara vez los peligros son mas fuertes que el hombre sereno y resuelto, que les opone todos los recursos de una inteligencia que no está ofuscada con la imagen de la muerte.



LA CARTUJA DE AULA DEI.

No muy lejos de la ciudad de Zaragoza, por la parte del E., encuéntrase la cartuja de Aula Dei, situada en el centro de una fértil y dilatada campiña, regada por las cristalinas aguas del Gállego que pasa á su derecha y cercada de pobladas arboledas llenas del mayor vigor y lozanía.

Fué fundado dicho monasterio por el magnánimo arzobispo y Rey de Aragon D. Fernando II, nieto de D. Fernando el Católico, segun consta en una inscripcion de piedra colocada sobre la puerta que sirve de entrada. Los cimientos de la cartuja parece que empezaron á abrirse en 28 de Febrero de 1564. En el año 1800 fué restaurada por los monjes una parte del edificio, pero en el día se halla este tan sumamente deteriorado, que causa sentimiento á todos los amantes de las glorias artísticas de su país, el ver irse destruyendo obras tan grandiosas comenzadas en tiempos mas felices, por el celo de nuestros antepasados (1), y dignas á la verdad de mejor suerte.

En el claustro interior se ven varios cuadros de la vida de San Bruno, pintados por D. Antonio Martinez, que mejor avenida sin duda con el recogimien-

to del claustro, trocó los pinceles por el hábito quedando despues monje del susodicho monasterio; en la iglesia se hallan algunos frescos que representan otros tantos asuntos sacados de la vida de la Virgen y pintados por el célebre artista aragonés D. Francisco Goya.

En el día se encuentra en ella una hermosa fábrica de pañuelos de seda, de cuyos trabajos, tanto en la parte de tejido como en la de estampado, se presentaron muy buenas muestras en la esposicion pública de industria española celebrada en esta corte el 19 de Noviembre de 1841.

El origen del nombre de Aula Dei, que la cartuja conserva, parece ser, segun tradicion, que habiéndose terminado la obra de dicho monasterio, hallábanse indecisos acerca del nombre que se le habia de poner, ó en loor de quien se habia de dedicar, cuando sintieron las palabras *Aula Dei* pronunciadas por una voz particular, para todos desconocida, pero que percibieron bien claramente, y que nadie supo por dónde ni cómo pudo haber venido.

Esto á primera vista se conoce que es un cuento forjado por la supersticion y buena creencia de los habitantes de su contorno, pero lo cierto es, que el monasterio citado así se llama y se llamará hasta que la inexorable mano del tiempo lo destruya completamente, que al fin todo es perecedero en este mundo.

JULIO ALVAREZ Y ADE.

(1) No es únicamente este edificio el que se debe á la piedad y celo de D. Fernando II: otros muchos monumentos históricos se encuentran en Aragon, y entre ellos la torre nueva de Zaragoza, que escitan en nosotros gratos recuerdos, debiéndose aquellos á la magnanimidad de tan escelso monarca.

EL BARBERO DE UN VALIDO.

CRONICA DEL SIGLO XV.

II.

EL HOSPEDAJE.

(Continuacion.)

Iba en esto apareciendo el sol, y oyóse parar una cabalgadura á la puerta de la casa en que esta escena pasaba (que era en la plaza de Evora), y pertenecía á Gonzalo Vaz, al cordelero, digno casero de Maese Blas.

—Son nuevos huéspedes—dijo el alguacil al barbero abriendo la boca con una risa hedionda—y tales como vos nunca los tuvisteis. Buen día amaneció para vos.

—No decia él eso hace poco—interrumpió la parladora tia Inés que habia oído tan solo la última parte del diálogo, y que viendo llenarse la tienda de gente, andaba poniendo á buen recaudo todas aquellas cosas que por estar mas á mano podían llevar mal camino.

Apostáronse á la puerta varias alas de ballesteros, y por entre ellas se vió llegar una corpulenta mula, toda cubierta de negro, de tal suerte que las gualdrapas le arrastraban por el suelo: descabalgó de ella un caballero, que por su porte y ademanes parecia persona noble, pero que venia rebozado en un largo ferreruelo: detrás de él se apeó otro que venia á las ancas, y ambos entraron en la tienda del barbero.

Siguióse entre los circunstantes un sepulcral silencio.

—Dadnos maese, la llave del desvan que hay por cima de vuestra tienda, ó mejor hareis en abrírnos vos mismo su puerta.

—Señor Rui Tellez (que así se llamaba el que en las ancas de la mula cabalgaba) en ese desvan están los trastos y almacén de Gonzalo Vaz el cordelero; bien sabeis que él es el único que en Evora tiene de esa mercadería, y como ahora no está en la ciudad....

—¿Qué me importa?—contestó Rui Tellez.—Abrid de parte de S. A.: os lo mando, y no queráis que usemos de la fuerza.

Calló el maese; dirigióse á la escalerilla del desvan; abrió el desvan, y el caballero desconocido subió acompañado de otros varios, y de fray Pablo el confesor del Rey.

El barbero volvió á bajar acto continuo á la tienda, y tendió la vista hacia la plaza, donde ya estaba mucho pueblo apiñado. En la plaza habían colocado tablados y carros atravesados: varios hombres estaban abriendo hoyos delante de la puerta del maestro, en los cuales colocaban unos pies derechos formando dos hileras; sobre estos pies derechos clavaron unos barros atravesados, y por cima acomodaron unas tablas; formando así una especie de pasadizo, que del balcón de la casa de Gonzalo Vaz iba á dar á un tablado que de antemano habían levantado en el centro de la plaza.—Toda esta máquina, que parecia obra de muchos dias, se habia ejecutado en el espacio de pocas horas.

Maese Blas estaba con la boca abierta, y no podia acaba de creer lo que veia, ni lo que es mas, aun entenderlo.—El pueblo agitábase ondulante en medio de la plaza: balcones, tejados, chimeneas, todo negreaba con a gente; empero toda aquella muchedumbre parecia un concurso de sombras, porque no se oia en toda ella un grito, una risa, un lamento.

Los arcabuceros y ballesteros, cuyo número era muy reducido en aquella época, estaban colocados en ala y cubiertos de armas oscuras á los lados de la plaza: y por en medio de ella pasaban de vez en cuando algunos caballeros con sus cotas de colores, debajo de las cuales se veia relucir la coraza por las aberturas

de los pulidos arneses: el paso de los caballos era pausado: habia en todo aquello un aspecto terrible y misterioso.

El barbero estaba muerto de curiosidad por saber lo que aquellos aprestos significaban: hacia tre dias que no habia estado en palacio.—Pasóle por las mentes una idea repentina.... mas la repelio como abominable é imposible; y sin embargo, si la hubiese acogido, hubiera acertado con la verdad!

Harto de hacer conjeturas, salió de la tienda; llegóse á dos ó tres personas y les preguntó para que eran aquellos preparativos: ninguno se lo supo decir. Viendo de este modo defraudadas sus esperanzas, maese Blas se volvió á su casa entre mohino y apesadado, gritando desde la puerta á su muger.

—Inés—¿está pronto el almuerzo?...

III

CASO INCREIBLE.

—«Bien aseguraba yo que el día habia de ser aciago:—decia maese Blas con la boca llena de sopas de ajo las cuales le ayudaban á despachar de una escudilla su dignísima consorte, la señora Inés. «No puedo atinar la razon por qué han levantado esa máquina delante de nuestra puerta con un pasadizo que conduce á casa de Gonzalo Vaz.... ¿Será por ventura?... diciendo esto miraba á su muger á ver si ella acababa la frase; pero la tia Inés estaba con el alma entregada al miedo, y nada le repuso: entonces maese Blas prosiguió «No, no puede ser!... A tanto no se atreveria el rey; preso en un castillo tal vez, y eso es lo que se decia estos dias en palacio.... ¿pero ajusticiado?... ¿eso es materia imposible!...

—¿Y qué te importa á ti todo ello?—contestóle por fin la tia Inés acabado que hubo de rebanar la escudilla... ¿Qué te importa el fin que se llevan en poner ahí ese tinglado? Que sea para ver jugar cañas y correr toros, ó para dar garrote ó degollar á alguno. ¿Qué tienes tú que ver en eso, come tus sopas, y dá gracias á Dios sin cuidarte de mas.

A este tiempo echó una mirada maese Blas hacia la plaza, y lanzó involuntariamente un grito de horror. Santo Dios!»

Inés dirigió la vista hacia allí. Varios hombres estaban cubriendo de una tela negra el cadalso, y el corredor que con él comunicaba. Era evidente que iban á ajusticiar á alguno.

Y con efecto ya se veían desembocar por uno de los ángulos de la plaza los alcaldes y corregidores de la corte con sus hopas rozagantes; y en pos de ellos los demas empleados de justicia con los oficiales de la casa real.

Maese Blas estaba inmóvil y aterrado, como si á sus pies hubiese caído un basilisco.

Sacóle de su estupor el ruido de unas espuelas que sobre la escalera sonaban; bajó de ella un caballero y entró en la tienda.

—Maese Blas, ¿podrias buscarme unos higos frescos?

—Si, señor.—Yo mismo iré á cogerlos á la higuera del cercado donde vi ayer algunos maduros.

—Pues cogedlos y llevarlos arriba sino os demorais mucho; subid tambien un pichel con vino.

Dicho esto, salió el caballero; montó en un caballo, y partió á rienda suelta por medio de la plaza.

El barbero obedeció; luchaban en su alma el terror y la curiosidad. Alegróse por tanto que se presentase un tan poderoso motivo de dominar aquel y satisfacer esta, corrió ligero al cercado, cogió los higos y subió con ellos al cuarto de Gonzalo Vaz, no sin haberse procurado antes un pichel de vino.

Miró así que entró; y un estremecimiento involuntario agitó todos sus miembros: un caballero que no podia ser sino el que entró encubierto, estaba sentado en una silla. Era él—era el mismo que maese Blas sospechaba; viéndolo estaba, y no lo quería creer.

—Venid acá maese Blas, y dadme eso que traéis.—

dijo Rui Tellez que estaba en pie al lado del aballero. El barbero obedeció.

—Quisiera poder pagároslo, dijo el caballero, pero no me es posible. En este instante soy mas pobre que el mas pobre de mis vasallos, mis riquezas consisten apenas en algunos momentos de vida.—Dios os recomendará.

Todo esto fué dicho con voz firme y serena. En seguida el caballero escogió de entre los higos aquellos que le parecieron mas frescos y maduros, se los comió, y bebió un sorbo de vino.

Fray Pablo que estaba al otro lado le dijo con voz solemne.

—No os llameis pobre, señor. La bienaventuranza os espera, y la bienaventuranza de un martir no es pobreza. Dejáis mujer, hijos, riquezas y vasallos; pero mas que todo eso vale el reino de Dios.

El caballero volvió los ojos hácia la ventana, y los clavó en el cadalso.

—Nuestro primo es aficionado á hacer las cosas á guisa del rey de Francia. No ha mucho tiempo que recostado conmigo en una ventana de palacio, me describió la forma del cadalso en que aquel monarca mandara degollar á uno de sus duques, y no echó en olvido la idea, á lo que parece, para el caso presente!—Rui Tellez, ves que ufano se encamina hácia aquí Francisco de Silveria con las insignias de merino mayor.

Rui Tellez miró y vió entrar en la plaza á Francisco Silveira refrenando su fogoso caballo: la verguenza le hizo asomar los colores al rostro: aquel miserable habia aceptado el cargo de conducir al misero caballero al lugar del suplicio y el marques de Manalva, se habia negado á desempeñar las funciones del suyo, para no asistir á los últimos instantes de un desventurado amigo: hizo mas; él y otros muchos hidalgos ofrecieron al monarca dar sus fortalezas en rehenes por el sentenciado; mas nada logró ablandar el ánimo del rey, ni de su valido Anton de Faria. Decretada estaba la muerte del caballero; y el juicio y sentencia que le llevaban al patibulo no eran mas que fórmulas vanas que debían dar apariencias de justicia, á lo que solo era obra de la venganza y tal vez de la política.

El caballero que habló en la tienda con maese Blas, volvió á presentarse en el umbral de la puerta: traía el rostro pálido y desencajado. Dió algunos pasos y vino á colocarse frente por frente del sentenciado.

—¿Qué nuevas traéis, señor? Preguntó fray Pablo.

—No queda ninguna esperanza. Nada es capaz del ablandar la férrea voluntad del rey.

—Dios le perdone—dijo el reo en voz baja. ¿Y mis hijos?

—Están seguros. Fernan Rodriguez Pereira se fué con ellos á Castilla. La reina Doña Isabel les servirá de amparo.

—Loado sea Dios! Moriré tranquilo.

Estas fueron las últimas palabras del infortunado caballero. Fray Pablo le habló al oído: púsose en pie, y el monje ocupó el asiento que aquel dejó, era la confesión postrera.

Maese Blas estaba inmóvil en un rincon de la estancia junto á la puerta, con los ojos espantados y la boca entreabierta. Rui Tellez le hizo seña de que fuese bajando.

Y el barbero bajó.

IV.

Caminaba el caballero sentenciado al suplicio, y á su lado el venerable fray Pablo y otros dos sacerdotes que con fúnebre melodía entonaban algunos pasajes estraidos del libro de Job, y de ese tesoro inagotable de consuelos llamado Biblia. En pos del reo caminaba un bulto de hombre, todo cubierto de luto: un ancho capuz le ocultaba el rostro, y una soga de esparto, ajustaba á su talle un largo sayal que le caía hasta los pies: era el verdugo.

Llegaron por fin al teatro donde debia represen-

tarse aquel drama terrible, y oyóse entonces la voz del pregonero que decia:

«Justicia que manda hacer el rey D. Juan en la persona de D. Fernando, Duque de Braganza, por crimen de alta traicion.»

Tres veces sonaron estas palabras á las cuales el Duque respondió en voz baja. «Digan lo que quieran.»

Detúvose el reo en medio del cadalso, donde habia una especie de tablادillo: el ejecutor le dijo que se echase allí; él obedeció despues de quitarse de cuello un relicario que entregó á fray Pablo, diciéndole:

—«Dad esto á la señora Duquesa. No olvidéis tampoco lo que os tengo recomendado. Que vaya á pedir por la salvacion de mi alma: un rosario á Santa Maria de Guadalupe, y otro al santo sepulcro de Jerusalem. Dios tenga piedad de mí.»

—«¡Amen!»—contestaron los tres sacerdotes.»

—«¡Jesus!»—fué el grito que se oyó despues de un silencio mortal: este grito partió á un mismo tiempo de todos los ángulos de la plaza. La cabeza del Duque de Braganza D. Fernando II, habia sido separada de su cuerpo. Viérase centellar en el aire la cuchillada del verdugo como el fulgor de un relámpago.

El ejecutor sin descubrirse el rostro, volvióse pausadamente por el pasadizo enlutado á casa de Gonzalo Vaz. Nadie pudo adivinar quien era: hubo personas entre el pueblo que por el aire del cuerpo llegaron á sospechar que fuese el propio D. Juan II en persona; pero nadie las dió crédito: eran de esas imaginaciones que se inclinan siempre á lo maravilloso.

No faltó tampoco quien se atreviera á hacer preguntas acerca de esto á maese Blas, el cual sonriéndose mudaba siempre de conversacion:—probablemente porque le parecería ridícula y estravagante tan horrorosa idea. Empero de lo que muchas veces se acordó maese Blas, así como la demas gente, fué de la historia de la pedrada que el rey tiró en la orilla del Tajo, y de la exclamacion del cardenal Cos a, antes de marcharse á Roma.

La primer cabeza en que diera la piedra despedida de la mano del rey, fue en la del Duque de Braganza. Juzgado camarillescamente, por jueces que no eran sus iguales, acusado por testigos viles y por sus enemigos mortales de *tratar traicion* á favor de Castilla y contra su rey, fué condenado sin oírle; y el caballero que habia sido el íntimo amigo de Alonso V, el señor feudal que podia sacar de sus tierras dos mil lanzas, y diez mil peones, armados, no tuvo una lanza que se enristrase por él, ni una ballesta que se encorvase en su defensa.

ISIDORO GIL.

(Continuará.)

EL TEMOR DE LA MUERTE.

Nadie ha definido hasta ahora de un modo satisfactorio la vida ni la muerte. Estos dos grandes misterios del ser orgánico permanecen velados por la majestad de Dios para los grandes fines de su sabiduría. La una se concibe por la actividad espontánea, por el pensamiento, por la voluntad, por el ejercicio de las funciones materiales y del organismo: y en vano queremos explicar la otra diciendo que es un estado contrario á la primera.

Parece indudable que existe en nosotros un principio vital que vela por nuestra conservacion; que acude con todas sus fuerzas al lugar amenazado de muerte á fin de rechazar ó neutralizar el ataque, y que como una segunda Providencia nos protege sin ser llamada, nos salva sin ser sentida. Pero ¿cuál es la esencia de este principio? ¿qué leyes rigen su benéfica accion? ¿cuáles son, por decirlo así, las reglas de su gobierno en el cuerpo humano? La medicina dejará de ser una ciencia empírica cuando las co-

nozca; y entretanto, la ignorancia en que acerca de ellas está, hace de la vida un misterio, que acaso será eterno.

Se dice que vivimos porque somos; y que morimos porque dejamos de ser. Explicación incompleta; porque ¿quién puede asegurar que el anonadamiento del hombre es absoluto en el sepulcro? La muerte es un modo de ser diferente del de la vida; pero acaso no opuesto á él. Mejor sería decir que es el principio de otra vida con una serie distinta de fenómenos: solo que entonces se suceden fuera de nuestra vista con un movimiento imperceptible y una vitalidad de que no pueden dar testimonio nuestros sentidos.

Por lo demás, la muerte es un bien tan precioso como la vida: sin ella sería esta una maldición, la felicidad una quimera y Dios un monstruo.

Y sin embargo, el hombre la teme, y el blanco de todos sus esfuerzos mientras dura su peregrinación en este valle de lágrimas, es el de evitarla. Un instinto poderoso nos mueve á repelerla con todas las fuerzas del cuerpo y del alma, presentándola á nuestra imaginación aterrada como el mayor de todos los males. Y no es por cierto el dolor físico lo que la hace temible, pues en circunstancias ordinarias no creo que haya un solo moribundo para quien el bien de la existencia no sea preferible á una serie constante de padecimientos y miseria.

«La idea de nuestra última hora, dice Bichat, (1) no es dolorosa sino porque termina nuestra vida animal, y porque hace cesar todas las funciones que nos ponen en relación con los seres que nos rodean. La privación de estas funciones es la que cubre de espanto y terror las márgenes de nuestro sepulcro.»

«Considérese, dice, al animal, que tiene poca vida exterior, y que no tiene relaciones mas que para satisfacer sus necesidades materiales, y veremos que nada teme viendo próximo el momento en que vá á dejar de existir.»

Ya Magendie (2) hizo conocer lo infundado de esta observación alegando que el animal no teme el momento en que vá á dejar de existir, por la sencilla razón de que, sintiendo solo lo presente, no conoce ó por mejor decir no tiene conciencia de ese instante: que si padece en la proximidad de la muerte, el dolor se manifiesta por las señales acostumbradas; pero que solo experimenta el dolor del momento sin conocer cosa alguna mas allá de su fin material. Siendo de notar que el niño se halla enteramente, bajo este aspecto, en el mismo caso que los brutos.

Pero esta justa impugnación al símil propuesto por Bichat no falsea enteramente su opinión, por mas que la debilita; á tiempo que yo creo ver muchas y poderosas razones que la destruyen de un modo incontestable.

El hombre que habiendo atravesado ileso y feliz el tempestuoso mar de la vida, llega al fin de una dilatada vejez (3), muere por partes: primero en el exterior, luego en el interior: primero en las funciones, luego en el organismo. Ciérranse en él los sentidos, unos despues de otros, como las puertas y ventanas de una casa mortuoria, y caminando la muerte des-

de la circunferencia al centro, estingue la existencia en todas partes hasta que llega al corazón, último centinela de la vida. (1) Debilitase la vista; piérdese el oído; el tacto se hace oscuro y poco manifiesto; se embota el sentimiento; la barba y los cabellos encanecen; un gran número de estos caen por falta de jugos nutritivos, y los olores no producen en el olfato sino una débil impresión: si el gusto sobrevive algun tiempo á esta ruina general, decae la percepción, la imaginación se embota y á la inacción del cerebro se sigue inevitablemente la debilidad de la locomoción y de la voz. A este cúmulo de males con que se acerca la muerte paso á paso, se añade para el viejo la destrucción de la memoria de lo presente, cuando por el contrario el recuerdo de lo pasado, vivo aun y permanente, le hace padecer el tormento de comparar con el mal del momento el bien perdido; con el goce que ya pasó para siempre, la privación que vá en aumento.

Pues sin embargo, este ser caduco que se desmorona bajo la tremenda fricción de los años; esta ruina aislada en medio de la naturaleza como la piedra en el desierto; abandonado de todas las sensaciones agradables y separado por su falta de los objetos que le rodean, ama la vida mas y mas á proporción que se acerca la muerte; y la ama con mucho mas ardor que el joven lleno de lozana y pura vida que está unido al mundo por cada poro de su cuerpo y por cada sentimiento de su alma.

¿Cómo explicar este hecho por medio de la opinión de Bichat? Imposible! El viejo ha perdido ya esas funciones que lo ponían en relación con sus semejantes, y cuya pérdida es la que segun aquel autor nos llena de espanto y de terror en la hora de la muerte. Y el joven, por el contrario, lleno de sentimiento y de vitalidad, sin desengaños ni recuerdos dolorosos, marcha en la vida unido á cuanto existe por medio del placer.

No se diga que en él, por lo mismo, tienen mas efecto las pasiones que hacen arrostrar sin temor la mas terrible muerte; porque el hecho que hemos asentado se verifica del mismo modo que en el campo de batalla, donde por lo comun es la muerte repentina, en ese lecho de mortificación lenta y gradual en donde el hombre mide por adarmes su aniquilamiento, cuenta por minutos la hora fatal, y oye el ruido de los pasos de la muerte.

La mujer, mas sensible que el hombre á la impresión de los objetos exteriores, mas afectuosa en las relaciones morales de la vida, menos distraída de ellas por el bullicio del mundo y sus afanes: la mujer, aunque débil, muelle y cobarde, mira con mas serenidad el sepulcro que el hombre tan pagado de su valor, de su magnanimidad y de su fuerza.

¿Cómo explicar, repetimos, estos hechos por la opinión de Bichat?

¡Oh no! El temor á la muerte no es solo en el hombre el sentimiento de perder la vida. Ese temor proviene de una causa moral y filosófica, en que interviene un elemento moral desconocido y negado en vano por los que, rehusando al hombre la noble dote del espíritu, se obstinan en no ver en él sino una má-

(1) Esto debe entenderse de las muertes naturales. En las repentinas se estingue primero la vida en el corazón: y despues en todas partes.

(1) Investigaciones fisiológicas sobre la vida y la muerte.

(2) Notas á la citada obra de Bichat.

(3) Hemos tomado del mismo Bichat el fondo de las consideraciones fisiológicas que siguen acerca de la muerte senil.

quina mas perfecta que la del bruto: hombres para quienes el cerebro es el alma, y el escalpelo la filosofía. No dudamos en decirlo y lo decimos con entera convicción: el temor á la muerte es una función de la conciencia, que unida á la memoria y al sentimiento religioso, hace luchar en nuestra mente las imágenes de lo pasado y los oscuros presentimientos del porvenir.

En el momento terrible que precede al de la destrucción de nuestro ser, la vida se presenta compendiada, por decirlo así, á la memoria, y la dura idea de perderla hace que olvidados de las amarguras padecidas la lloremos como un bien. Por su parte la conciencia, reuniendo sus acuerdos, se presenta armada al hombre con los remordimientos de sus faltas, á tiempo que el sentimiento religioso manifiesta entreabierta á los ojos del espíritu la puerta de ese mundo invisible en donde la eternidad se apodera del premio ó del castigo.

Y en vano se objetará que este concurso simultáneo de la memoria, la conciencia y el sentimiento religioso, que como testigo, juez y sancion de nuestras acciones rodean nuestro lecho en la hora de la muerte, no tiene lugar sino para el hombre civilizado. Porque los elementos de este juicio han existido siempre en todos ellos; y la historia nos enseña que en cualesquiera tiempo, circunstancias y lugares se ha verificado.

El sentimiento religioso es un instinto tan inseparable de nuestro ser como el que nos ordena conservarnos: si este nos hace amar la vida perecedera del cuerpo, aquel mantiene vivo nuestro afecto á la vida inmortal y misteriosa del espíritu.

El salvaje americano canta alegremente su adiós á la existencia en medio de tormentos cuya sola idea nos hace estremecer, ó reclinado al pie de un árbol de sus selvas aguarda impaciente á que la muerte, desatando los vínculos que lo unen á la vida, lo lleve á otras regiones en donde los festines, el canto, la música, la guerra, ó los trabajos del campo son eternos. ¿Por qué no temen estos hombres la muerte, que un sentimiento instintivo nos mueve á conservar? ¿Será acaso porque libres, sin cuidados, sin necesidades facticias, sin crueles engaños y dueños absolutos de tierra pródiga y hermosa, carecen de goces, de sentimientos y dulces relaciones con los seres que los rodean?... Es porque en ellos las ideas de derecho y de deber son imperfectas; oscuro por falta de la revelación el sentimiento religioso; indolente la memoria; y en fin, porque al paso que la conciencia duerme en sus almas ignorantes y ciegas, juzgan que la muerte les dá un derecho indisputable y absoluto á una vida entera de reposo y de placeres.

¿Por qué los griegos y romanos, sin apego á la vida, buscaban la ocasión de sacrificarse por la patria, y los antiguos escandinavos pedían al cielo como un bien la muerte en la batalla? Porque en esos pueblos á falta de una religión moral como la cristiana, se habían divinizado el valor y el patriotismo, y los sacrificios que ellos inspiraban tenían derecho al triunfo en el paraíso de Odín y en los campos Eliseos.

Pudiéramos hacer otros muchos argumentos deducidos del raciocinio y de la experiencia; pero creemos que en el juicio de las personas medianamente instruidas en la historia y en la filosofía, lo dicho basta para probar que Bichat emitió una opinión

falsa cuando, despreciando el sentimiento de la conciencia y el del sentimiento religioso, atribuyó solo á la memoria el temor de la muerte.

Por lo que toca á nuestro modo de pensar, creemos poderlo reasumir en estas conclusiones.

El temor á la muerte es una función mixta de la memoria, la conciencia y el sentimiento religioso, las cuales hacen luchar en nuestra mente las ideas de lo pasado á un mismo tiempo que los presentimientos del porvenir.

En los ancianos es mayor que en los demás hombres ese temor, porque en ellos la memoria de lo pasado es exclusiva, y porque á mayor número de días corresponde por desgracia mayor número de faltas.

Distraído el joven de lo pasado con las impresiones de lo presente, rico en ilusiones y sentimientos expansivos, y libre del peso de muchos recuerdos punzadores, deja la vida sin miedo, con aquella indolencia generosa que caracteriza la edad de las pasiones y de los placeres.

La mujer es toda amor, toda esperanza; y en estos dos sentimientos está cifrado el sentimiento religioso; porque la fé es amor, y el amor de Dios es la esperanza. Y como en ellas la memoria no recuerda por lo común crímenes atroces, compensa la conciencia leves faltas con oportuno arrepentimiento.

RAFAEL MARIA BARALT.

MODAS.

Una casualidad ha puesto en nuestras manos la presente carta, que publicamos creyendo agradar á nuestras amables lectoras, aun á riesgo de que alguna persona nos acuse de interceptación y abuso de confianza.

PARIS 16 DE ENERO.

Te escribo, querida Amalia, sin tener nada de interés que contarte, por lo tanto, estás en libertad de rasgar ó quemar mi carta sin leerla. Tomo la pluma porque no hallo mejor modo de distraerme que entablar contigo una conversacion por escrito, ya que la fatalidad nos priva de que sea verbalmente.

Sin duda creerás que á falta de otra cosa mejor voy á darte noticia de las novedades que haya en esta populosa capital, pero ni aun á este recurso puedo apelar para llenarte la presente epístola, la *grippe* tiene desanimados los paseos, vacíos los salones, desiertos los teatros; no se habla mas que de los progresos del mal, de su generalidad, de su constancia; la presente temporada, en fin, vá pasando triste y monótona acompañada de un coro innumerable de toses y estornudos; solo los médicos y los boticarios se felicitan de ella, solo los empleados remolones, los amantes infieles, los deudores rebeldes, los chiquillos araganes, los malos artistas, los cantantes sin voz, se aprovechan de la enfermedad para disculpar sus respectivas faltas.... Pero ahora recuerdo que ni aun esta relación tiene para tí el interés de la novedad, porque en Madrid os hallais en idéntico caso. Esta vez no habeis querido retrasaros tampoco en la adopción de una plaga que aunque plaga es de moda, esto basta: á propósito de modas, voy á darte acerca de ellas las últimas y mas interesantes noticias ya que no tengo otra cosa mejor de que hablarle.

Los trajes de baile han sufrido escasas variaciones; tres colores reinan este año en los vestidos de gasa, tarlatan ó crespon; el rosa, el amarillo y el blanco sus adornos consisten bien en flores, bien en rulos de raso ó alternando ambas cosas, en cada falda; tambien

producen buen efecto en los vestidos que tienen tres de estas que la del centro esté á trechos recogida en los puntos en que se halla sujeta con ramilletes de flores naturales ó con lazos de cinta: los visos de raso

son los únicos adoptados para los vestidos de gasa. También está muy en boga el raso para trajes mas severos, de concierto ó de *raut*, para lo que se llevan con volantes de encaje, esta misma guarnición dice



Figurin del 16 de Enero.

perfectamente sobre *moire* antiguo, tela que tambien se halla favorecida por la moda: con los trajes mencionados acostumbran á llevarse adornos de cabeza de terciopelo bordado de oro, y de blonda de oro ó de plata sencillamente.

Los trajes de mañana continuan casi inalterables, cofia de encaje imitando á la blonda, bata de Cache-mira un poco corta de modo que deje ver una falda con pequeños volantes bordados á la inglesa, mangas anchas y abiertas permitiendo ver otras mangas interiores y babuchas de terciopelo labrado con dibujos arrasados de un color fuerte, constituyen el adorno de una elegante en las primeras horas del día.

En punto á vestidos de calle y visitas pueden citarse como la principal novedad, los sin frunces, que suelen ser de color de ceniza adornados con galones de seda sobre puestos en las costuras (1). Ademas de este traje se usan otros abiertos por delante guarnecidos de una serie de picos unidos con botones y borlitas de pasamaneria, las mangas un poco cortas con adornos que hagan juego y por dentro otras de muselina fruncidas en un puño bordado.

Los sombreros de terciopelo gris adornados de plumas grises tambien con las puntas de color de rosa y los de la misma tela, verde esmeralda, con cintas de igual color, son los mas elegantes.

A Dios mi buena Amalia: ahora si que he agotado todas las materias de que podia hablarte; saluda por por mi á tu familia y recibe la seguridad de mi mas tierna amistad.

CLEMENTINA.

ESTADISTICA DE LAS MAYORES CIUDADES DEL MUNDO.

Londres y sus arrabales cuentan 2,026,000 habitantes.—Jeddo, capital del Japon, 1,600,000.—Paris, 1,087,000.—Pekin, 1,000,000.—Canton, 800,000.—Constantinopla, 780,000.—Nanking, 700,000.—Lintsin, 680,000.—Calcuta, 650,000.—Benarés, 650,000.—Madrás, 500,000.—Petersburgo, 480,000.—Nápoles, 470,000.—New-York, 440,000.—Berlin, 410,000.—Viena, 400,000.—Awa, 380,000.—Padua, 380,000.—Manchester, 365,000.—Luknow, 360,000.—Lisboa, 350,000.—Delhi, 350,000.—El Cairo, 350,000.—Moscow, 330,000.—Dublin, 298,000.—Glasgow, 290,000.—Filadelfia, 280,000.—Liverpool, 280,000.—Amsterdam, 260,000.—Hyderabad, 250,000.—Alepo, 250,000.—Madrid, 240,000.—Mirzapour, 240,000.—Ispahan, 220,000.—Méjico, 220,000.—Cendy, 220,000.—Daska, 200,000.—Bombay, 200,009.

Dos comedias nuevas, originales, de costumbres y de dos autores conocidos, se han estrenado últimamente; la una con buen éxito, la otra con poca fortuna: la primera es del Sr. Breton de los Herreros y su título *Un enemigo oculto*; la segunda del Sr. Villergas y se nombra *Todo se queda en casa*. En el éxito respectivo de ambas ha influido poderosamente la ejecución; en punto á la cual quisiéramos tener espacio para alabar debidamente á los autores del teatro del Principe y censurar el descuido con que la mayoría de los de la Cruz desempeñaron la última de estas dos producciones.

MADRID.—Librerías de Pereda, Cuesta, Monier, Molute, Jaimeben, Gaspar y Roig Razola, Fontpart, Villa y la Publicidad, litografía de Bachiller, del Pasaje del Iris y de San Felipe Neri.

PROVINCIAS.—Remitiendo una libranza sobre correos, franca de porte, á favor de la ADMINISTRACION DEL SEMANARIO, calle de Jacometrezo, n. 26, cuarto segundo.

MADRID 1848.—IMPRESA DE D. BALTASAR GONZALEZ.